

Casa de retiro

♦
AGUSTÍN MONSREAL

¿Esto es la locura? No lo sé, ni me importa. Lo que sí sé es que mi permanencia en este lugar es necesaria, que mi cautiverio es un acto de voluntad. Para explicarlo, o más exactamente, para dar constancia de él, he decidido escribir estas líneas. Nadie, creo, ignora que la ficción, en no pocas oportunidades, prefigura la realidad. Nadie ignora tampoco que la ficción pura no existe, que la realidad determina todo hecho literario, y lo produce. Guy de Maupassant, un día, inventó una historia fantástica; muchos años después, más de un siglo después, en otro continente, en otra ciudad, yo he vivido esa historia en su parte medular y más dolorosa. Cambian las épocas, y con ellas el lenguaje de los hombres, sus quimeras, sus modos de crecer en el mundo, sus ambiciones, sus costumbres; no así las pasiones de la naturaleza humana, que en esencia son inalterables.

Soy, he sido desde que tengo uso de razón, un hombre solitario, insatisfecho, orgulloso. La convivencia social, para mí, carece de sentido. No soporto la pusilanimidad, el conformismo, el afán de adocenamiento de mis semejantes. Tolerero, si acaso, como una concesión a mi temperamento y sólo eventualmente, la limitada e imperfecta compañía femenina. Desconfío de la familia y más aún del amor, apetencias vanas, argucias de ornamento, mistificaciones, espejismos en los que la persona claudica de sí misma, de su independencia, su individualidad. No conozco el abismo de los celos, ni la tortura de las lágrimas vertidas por alguien, ni la desolación de los insomnios sensuales; no me interesa compartir nada con nadie, adueñarme de nadie, pertenecerle a nadie. Son las cosas las que ocupan el sitio preferencial de mi curiosidad y mis afectos (cada una tiene muchos significados para mí, cada una es múltiples recuerdos de mí mismo. Ellas conocen mis raíces, conforman mi destino. Ellas seguirán siendo cuando yo haya dejado de ser. Acaso —quién puede saberlo— una parte de mí perdure en tanto la última de ellas continúe en pie. Cuántos seres habitan el mundo en la inmovilidad de las

cosas. Cuántas existencias mudas nos acompañan en el espíritu de un objeto cualquiera. Cuántas vidas tocan a su verdadero fin cuando destruimos un mueble, por ordinario que sea. ¿Habrà quien pueda decirlo con certeza?). Las cosas, pues, son mi devoción, mi credo, mi fortuna. Y la soledad mi pasión irremplazable, mi única alegría.

En los días en que da principio esta historia, habitaba yo una casa sólida y amplia, muy antigua, al sur de la ciudad; una casa que mi fervor casi sagrado por los objetos había convertido en un museo, o mejor, en un santuario vedado a la intromisión de cualquier visita. Sólo trasponía sus umbrales la mujer que efectuaba la limpieza, una mujer sin atributos cuyo único rasgo memorable era el de ser callada y eficiente. Mis distracciones eran escasas y humildes: caminar por los alrededores en las mañanas y, en las noches, hacer música al piano o leer. De vez en cuando acudía al teatro y cenaba fuera de casa, pero siempre anónimo, altivo y aislado siempre. Algunas tardes, a la hora del crepúsculo, me complacía en admirarle al cielo sus colores insobornables; cierto atardecer (era verano), mientras los contemplaba con gratitud desde la ventana de mi recámara, percibí una suerte de pasos tímidos en la planta baja. Presté atención con todos mis sentidos. Aunque moderados por la distancia, los pasos se fueron advirtiendo cada vez más precisos, más enérgicos. Y como agudos, como punzantes. Me estremecí. Ignoro durante cuántos minutos estuve a la expectativa, agitado, nervioso, casi febril. Aguardaba. ¿Qué? Quién sabe. Por fin, no sin la mayor cautela, con el cuerpo aterido de ansiedad, decidí averiguar lo que ocurría. Cuando bajé el último escalón, las pisadas cesaron de golpe. Encendí luces, revisé puertas y postigos: nada fuera de lo normal, todo estaba en perfecto orden.

Me propuse no darle importancia a lo sucedido. Sin embargo, vertiginosa y ambigua, indescifrable, perversa, la experiencia se repitió en diversas ocasiones. Infructuosamente busqué aclarar el origen de aquel rumor, de aquellos pasos

furtivos que no provenían de nadie y no obstante, estaba yo seguro, eran reales. Los oía (si estaba abajo, sonaban arriba; si me encontraba arriba, corrían abajo), los oía desparramarse agitados, impacientes, audaces, pero igual cesaban en cuanto yo aparecía. Sólo si efectuaba rondas continuas, obstinadas, conseguía que la casa volviese a su quietud, a su pacífico silencio. Pronto empecé a resentir la falta de descanso, de tranquilidad, de sueño. Mi aprensión, mi incertidumbre iban en aumento; un trastorno creciente arrebatava mis facultades; mi cuerpo y mi mente se veían afectados por una zozobra terca e inubicable; rota mi serenidad, agotadas mis defensas, la persistencia de aquellos ruidos acabó por atormentarme, por oprobarme de inseguridad, por someterme a la humillación del miedo, a los dictados viles del miedo.

Al cabo de poco tiempo (no sé qué pretendo decir con "poco tiempo", ya que el tiempo es inmedible en este asunto), cautivo ya total de la infelicidad, empecé a notar que los muebles cambiaban de sitio o se exhibían colocados en posturas caprichosas, ridículas, indignas, lo que aumentó intolerablemente esa sensación de ultraje, de estropicio interno, de indefensión que padecía. Entonces, una mañana, harto de tanta y tan aciaga conmoción, de tanto y tan tenebroso disturbio, sin tener idea de lo que hacía, como un animal ciego que ejercita sus zarpas en el vacío, hablé con la mujer del servicio y, luego de culparla de insensibilidad, de negligencia, de ineptitud, luego de reprocharle severamente su desapego y su torpeza, le exigí mayor responsabilidad y prudencia en el manejo de mis bienes y la amenacé con largarla de mi casa si incurría en alguna otra desatención. Ella (insustancial, especie de sombra), aunque sin pronunciar palabra, adoptó una actitud de arrogancia y menosprecio que me ensució de rabia. Sonrió, solicitó permiso para continuar las labores del día y me dio la espalda. Tuve que salir a caminar el resto de la mañana para recobrar mi calma habitual. Cuando volví, alcancé a ver a la mujer cómo corregía amorosamente aquellas posiciones inauditas de los muebles, cómo ponía de nuevo cada objeto en su lugar de costumbre, cómo —creo— les hablaba con suavidad, los aconsejaba, les recomendaba tener paciencia, no perder la cordura. Me di un baño de tina muy largo y pensé, absurdamente, en la cantidad de cosas en que había depositado mis miradas, mi aliento, mis huellas digitales. Pensé también en vigilar muy de cerca cuanto hiciera la mujer.

Por la noche reincidieron los pasos, sólo que esta vez más bruscos, más agresivos, más descarados; pasos que se convertían de pronto en saltos, aporreos, derrumbamientos. La casa entera retumbaba bajo esa multitud de pisadas atrocemente coléricas. El espanto se apoderó de mí, de mis huesos, de mi carne, de mi sangre; el frío cruel de la cobardía me impidió moverme, me paralizó por completo, me contuvo de ir a conocer y a enfrentar lo que ocurría. Derribado contra la puerta de mi recámara, abatido, desquiciado, vi asomar las primeras luces del alba. Con la llegada de la luz, se apaciguaron las arremetidas del delirio; con el apoyo de la luz, me



atreví a salir en busca de una explicación a lo sucedido. Y ante el espectáculo brutal de la casa vuelta de revés en forma despiadada, intolerablemente mancillada, fustigada tan sin reparo por la ignominia, endurecí mi corazón y tomé una determinación drástica e inapelable. Llamé de nuevo a la mujer de la limpieza y, con un rigor que no admite justificaciones ni disculpas, la despedí. En ese preciso instante debía recoger sus pertenencias y marcharse. De inmediato. No la quería bajo mi mismo techo ni un minuto más. Me miró con una mezcla de sufrimiento e ironía y por primera vez vi la parte oscura, esa parte ruin y maligna, aviesa que había en ella. Comprendí, de una manera vaga, el porqué de mi miedo. Y supe que tenía que ser implacable en mi resolución, si deseaba volver a vivir en paz. Todavía, azorada, lívida, con los ojos allanados de llanto y la voz trémula y servil, trató de convencerme de su inocencia, de su lealtad, de mi injusticia; apeló a mi bondad, descendió a la súplica, invocó a los cielos en su favor; pero no logró conmoverme, me mantuve en lo dicho. Entonces, ante mi inflexibilidad, quedamente, casi tiernamente, juró vengarse de mí, volverme dócil como un cordero, solícito y dispuesto a la penitencia como un pecador arrepentido; después hizo un breve, un dulce ademán de despedida y se fue. Su pobre amenaza no consiguió ablandar mi fortaleza de ánimo ni los remordimientos, esas formas dañeras de la nostalgia, me privaron de una excelente jornada de sueño.

Durante algunos días, mi vida recobró la calma, la salud, la estabilidad franca de los tiempos normales. Sin embargo, sólo se trataba de una pausa, de un falso sosiego. Mis cosas, mis amadas, mis insustituibles cosas habían aprendido la desobediencia, la insubordinación, y una noche, convertidas

en monstruos inmisericordes, en furias siniestras e inexorables, en abortos de Dios, se amotinaron irrenunciablemente y comenzaron a actuar como criaturas animadas. ¿Qué secreta redención les había sido prometida? ¿Qué esperanza, qué promesa de felicidad las convocaba con su poder formidable? ¿Qué misterioso, qué inverosímil dominio las llamaba a manifestarse con esa impetuosa, con esa ingobernable prestancia? Y, por mi parte, ¿cómo consignar mi incredulidad, mi perplejidad ante el magnífico amotinamiento? ¿Cómo describir el horror que afrontó mi razón al contemplar ese terrible prodigio? ¿Cómo rendir cuenta de mi incapacidad para comprender aquel azar erróneo, aquella alucinación que me socavaba con su certeza?

Era grotesco, abominable el inhábil desenfado con que mi sillón de lectura, mi esbelto y sobrio sillón de lectura prodigaba su euforia por los aposentos, seguido por la infame ligereza del escabel y el bailoteo frenético de los divanes de la sala; atrás de ellos, miembros de una procesión espantosa, con un golpear de muletas amortiguado apenas por el espesor de la alfombra, las sillas del comedor saltaban festejando la verdad de su nuevo estado; en seguida venían, arrastrándose con lentitud, con pesadez insufrible, los dos cofres antiguos que hacían las veces de mesas esquineras, y los libreros de la sala que marchaban soberbios, majestuosos. Arriba había dado principio también la danza triunfal y se insinuaba ya por las escaleras el temerario desfile. La puerta de calle, cómplice inválida, se abrió de improviso y permitió la evasión ciega y furiosa y ufana y voluptuosa y artera de aquellos mis muebles que eran la única fe de mi vida, mi única pureza. El piano, alma de mi soledad, refugio de mis ansias y mis desvelos, pasó a mi lado gallardeando su albe-

drío propio recién estrenado; pasaron asimismo, presurosamente, los cuadros y las esculturas nunca terminados de contemplar; y los adornos, esas vanidades en apariencia prescindibles pero parte de mí como mis ojos, como mi lengua, como mis dedos, se deslizaron inelegantes y abyectos lejos de mi alcance. Tropezándose, empujándose, arrollándose, rebañío estrepitoso y feliz, el tumulto de objetos bajaba escalones, cruzaba puertas, se precipitaba hacia las calles, brincando, girando, oscilando; roperos macizos y erguidos lo mismo que vajillas delicadas y espejos taciturnos, candelabros, cómodas, un juego de ajedrez con sus piezas livianas como pájaros, libros, un reloj de pared y uno de arena, todo caminaba, corría, se contorsionaba, se zarandeaba, se distanciaba, se perdía en la oscuridad, huía, se hurtaba de mí, de mi amor, de mi fidelidad, de mi entrega, de mi paciencia. Y, al final de la maniobra, gigante poderoso y resuelto, mi escritorio de toda la vida cruzó junto a mí con apacible desvergüenza, como cautivo que ha roto las cadenas de un destino desdichado. Supe que de nada valdría tratar de interceptarlo, de contenerlo, que me arrastraría con la fuerza de su zancada, que escaparía como escaparon los demás, todos los demás, que era yo impotente para impedir la catástrofe, para atajar aunque fuese mínimamente la unánime fuga.

Atónito y extenuado, sobrecogido de pavor, sentí cómo se me venía encima el peso tremendo de la inmovilidad que acompaña a la ruina, a la desolación. Miré a mi alrededor; recorrí la casa palmo a palmo. Había desaparecido hasta el más pequeño, hasta el más insignificante de los objetos. Las habitaciones, las paredes, los pisos mostraban sólo estrago, abandono, frialdad, vacío. Cerré la puerta principal con llave (admito que innecesariamente, neciamente), me recargué en

ella, me deslicé al suelo y lloré. Lloré con ansiedad, con dolor y fatiga. Lloré. Yo, que nunca había condescendido a las lágrimas.

Al cabo de unas horas, en medio de aquella adversidad impiadosa, apareció la mujer del servicio, pequeña, deleznable, y me dijo, con un imperio dulce en la voz, que la siguiera. Mis muebles estaban en su casa. Desde entonces, envilecido, encanallado, vivo con ella. ¿Esto es la locura? No lo sé, ni me importa. Lo que sí sé es que mi sometimiento a esta mujer es deliberado, que mi cautiverio entre los regocijos de su vientre es un acto de voluntad. Espero, algún día, rescatar mis cosas y salvarlas de esta promiscuidad humillante, de esta feroz pobrecía, de esta ordinariez indigna en que ahora, empecinada, fermentidamente nos encontramos. Se ha modificado mi circunstancia, sí, pero no han variado mis pasiones ni mis principios. Como todo cuanto existe, soy parte del infinito, y soy el infinito. ♦

